

y se miró las manos. Se quedó solo, pensó Jorgelina. La tristeza del chico era real. Efímera pero real. Había algo tremendo en ese chico; una manera de poner su existencia toda en su cara que irremediablemente hacía pensar en lo que el mundo y la gente harían de él. Iba a sufrir. Eso estaba presente en la incongruencia entre su cuerpo ancho y fuerte y su cara de chico. Se rehizo. Levantó la cabeza y dijo:

—Así que es tu marido. Y, qué hace, en qué trabaja.

Jorgelina pensó: «Vamos de mal en peor».

—Es pintor—. Contestó, sabiendo todo el diálogo siguiente. El soldado preguntaría «¿pintor de paredes?»

—¿Pintor de paredes? —preguntó el chico—. En el fondo se percibía una naciente tranquilidad.

—No —contestó Jorgelina—. Pinta cuadros.

—Ah —dijo Tito—. Y la miró de otro modo, con desconfianza, como alguien que ha sospechado algo desde el primer momento y que acaba de confirmarlo.

Jorgelina pensó en Nicolás. Sus pies desnudos sobre la lona que ponía debajo del caballete, sus pantalones enormes y manchados de pintura ajustados con algo que debía haber sido un cinto. Su tensión controlada frente a la tela. Y, sobre todo, sus ojos: ojos de demente fijos en aquel espacio en blanco. Miró por la ventanilla. No iba a hablar de cuadros. La noche era negra. Por el vidrio corrían ríos de gotitas que se ensanchaban al bajar. El silencio se prolongó un momento más. Después Jorgelina dejó de mirar por la ventanilla y preguntó:

—Y vos, ¿tenés novia?

El chico, que había estado despazurrando uno de los posabrazos, se reanimó.

—Bueno, yo en La Salada conozco cualquier cantidad de chicas. Por eso te digo lo de la doble personalidad porque a mí, en mi vida íntima, me gusta andar solo. Pero sí, conozco montones de chicas. Todas bastante estúpidas. Bueno, todas no. Hay dos que me gustan —hizo una pausa—. Una me gusta con locura —miró de reojo a Jorgelina—. Te voy a contar. Una vez vine una amiga de ella y me preguntó: «¿Te gusta Mariela?», yo le dije: «La verdad que sí»; «Bueno, entonces tenés que ir al baile», me dijo, «si no, vas muerto». Fui y la saqué a bailar. Después salí con ella. Hablábamos. Me gusta porque tiene mi mismo pensamiento—. Pareció reflexionar; finalmente dijo: —Tenemos los dos el mismo pensamiento. Bueno, salíamos y hablábamos. Sacábamos conclusiones—. El chico se detuvo: —Sí —continuó con convicción—, cuando vino la amiga y me preguntó cómo andaba todo, yo le dije: «Muy bien, salimos juntos, sacamos conclusiones»—. Miró a Jorgelina.

—Vos, con tu marido, ¿sacas conclusiones?

—A veces —contestó Jorgelina.

—Bueno, la amiga me preguntó si le había dado un beso y yo le dije que todavía no. Me dijo: «Dale, qué estás esperando, tenés que darle un beso». La próxima vez, cuando fui a verla, le di un beso —el soldado estaba contentísimo con el vuelco que habían experimentado sus cosas; la melancolía de hacía un momento había desaparecido—.

Terminó el verano y venía la parte más brava. Tenía que hablar con el padre.

—¡Uy! —exclamó Jorgelina, contagiada por el entusiasmo de su compañero de viaje—. Pero él extendió una mano hacia ella, en un gesto que significaba: esperá. Se rio con su enorme boca infantil.

—Esperá —dijo—. No te preocupes, yo conozco al padre. Le dije «Victorio, yo quiero a su hija, ¿puedo ir a verla a su casa?»; él me dijo: «Vos recién salís del cascarón y ella todavía no salió. Si querés venir como amigo a mi casa, vení cuando quieras. Pero, si la querés invitar a salir, vos te hacés responsable, ¿entendés?». Es muy serio Victorio. Así me dijo: «Bajo tu responsabilidad»—. Tito miró a Jorgelina —yo no sé qué me pasó, sentí algo acá— se señaló el pecho—, no me gustó lo que me dijo Victorio, sentí algo raro. Por un año no la vi más. Está loco Victorio, con toda esa pavada del cascarón.

—Por un año no la viste más —exclamó Jorgelina.

—Sí —dijo el soldado—. Se encogió de hombros y se rio: —Yo, en mi vida íntima soy así. Pero al verano siguiente la volví a ver en La Salada. Tenía novio y yo no sabía. Un día vino a pedirme agua para tomar mate. Ella me dijo: «Así que ahora no saludás cuando andás acompañado»; yo lo dije «¿Quién te dio ese chisme?», «Me contaron», dijo ella —miró a Jorgelina. Sin duda quería que el diálogo fuera chispeante, tal como él lo recordaba. El esfuerzo le marcaba una línea entre los ojos; miraba alternativamente a Jorgelina y al pasillo—. Quién me quiere pedir explicaciones a mí —hizo un esfuerzo hasta que pareció agotar su inventiva. Recuperó el buen humor: —Qué risa —siguió—, en seguida me fui a las manos y le dije: «¿Con qué te quemaste el brazo?», y le empecé a pasar el dedo por la cascarita. Entonces ella me dijo: «Mirá que te están vigilando». «¿Quién?», le pregunté yo. «Mi novio», dijo ella, «ahí viene a buscar el agua». Así me enteré que tenía novio. Ahora, el novio es un flaco que a mí no me puede decir nada. Yo paso por la casa de ella cuando está en la puerta y él, a mí, no me puede decir nada. Pero si lo agarro solo, lo rompo todo a patadas —se rio. Una vez, aunque estaba de novia, ella vino a verme a Azul, con mi abuelo. Caminamos toda la tarde de la mano, al costado de la vía. Fue en abril, siempre me acuerdo de eso. —Se quedó un momento en silencio, después siguió: —Un día, yo iba en colectivo para La Salada, el colectivo pasa por la casa de ella. Estaban en la parada, pero él no subió. Se despidieron y subió ella sola. Ese día hicimos el viaje juntos. Después yo le llevé el bolso. Es un tipo raro el novio. A mí no me importa; yo igual la voy a invitar a ver los pájaros. Es la chica más linda de La Salada—. El soldado se había ido enamorando a medida que su historia avanzaba. Se quedó callado.

La conversación había llegado a un punto muerto. No había nada que Jorgelina le pudiera contar. Se sintió triste. Hubiera querido que el chico siguiera hablando. Sus palabras habían trazado una pequeña línea luminosa a lo largo de la oscuridad del viaje. Miró al chico. Parecía ensimismado. De pronto, apagaron la luz. Jorgelina se decidió.

—Me voy al comedor —dijo—. Tengo que leer unas cosas. Antes de llegar a Azul, te vengo a saludar—. El chico no dijo nada. Se quedó inmóvil. «Como abandonado», penso Jorgelina. Levantó los libros y la cartera y se fue.

El comedor estaba desierto. Se sentó y pidió un café. Misteriosamente, el comedor era más propicio para pensar. Un rato después, bajó los ojos al libro y recommenzó el capítulo tres.

El tren se detuvo en Azul. Una voz gritó: «¡Parada de diez minutos!» Jorgelina se sobresaltó. No había llevado cuenta del tiempo. Apurada, llamó al mozo y pagó. Tenía que llegar al vagón antes de que el chico bajara. Por el pasillo, ahora iluminado otra vez, tropezó con grupos de soldados. Mientras avanzaba, se inclinó a mirar por la ventanilla. Tenía que llegar a tiempo. Si no lo encontraba, se iba a sentir muy mal. Finalmente, llegó a su vagón. El soldado no estaba por ninguna parte. Jorgelina pensó que no podía ser, el chico tenía que estar por ahí. Corrió al asiento y abrió la ventanilla. En el inmenso andén, algunos soldados caminaban como sonámbulos; otros iban en grupo, tirándose amistosos manotones y golpeando el piso con los borceguíes, entre nubecitas de vapor. De pronto, Jorgelina lo descubrió al lado de la puerta de la estación. La estaba mirando. Ella levantó la mano y lo saludó, asomada a la ventanilla. Se quedó quieta, en la misma posición, sin bajar la mano. Nunca más volvería a ver su cara. En el mismo momento en que pensó esto, la cara del chico reapareció. Ya no quedaba casi nadie en el andén. «Se olvidó algo», pensó Jorgelina. Pero, qué podía ser, si viajaba sin equipaje. Además, el soldado se acercaba despacio, como indeciso. Ella se sentó. El chico aferró, con su enorme mano curtida, el borde de la ventanilla. Sin mirarla, dijo:

—¿Vas a ir a la Feria de los Pájaros? Si vas, te regalo un jilguero.

Jorgelina puso su mano sobre la de él.

—Sí, algún día voy a ir.

—Le quiero decir una cosa. Yo creía que ese hombre era tu papá.

Recién ahora había levantado la cara y la miraba. La tristeza se le había extendido de los ojos a la boca: —Pero te quiero decir que lo que te conté no es muy cierto, lo que te conté de Mariela. Yo no tengo novia.

Jorgelina sonrió.

—No importa —dijo—. La historia de Mariela es muy linda igual.

El chico no pareció conformarse. Dócilmente, bajó la mano de la ventanilla.

—¿Me vas a escribir...?

—Sí —dijo Jorgelina—, te voy a escribir.

La máquina silbó; el tren empezó a andar, lentamente.

**Silvia Iparraguirre**

*Orilla del río  
Magdalena*  
Grabado de Bareant  
para el libro  
*Promenade à travers  
l'Amérique du Sud*  
de A. de Gabriac  
(Paris, 1868)

